

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA PALOMA DE S. PEDRO O SANGRE Y ORO



MAUCCI H^{os}

MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA PALOMA DE SAN PEDRO

ó

SANGRE Y ORO

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900



La paloma de San Pedro



¿Queréis saber porque hubo un momento en que el descubrimiento del Anahuac pudo haberse retardado quizá muchos años?...

Voy, pues, á referiros algo que pertenece á la historia, del que para la civilización y para su gloria, descubrió y redujo el famoso imperio mexicano, fundando con su audacia y su talento, tan digno de admiración como de respeto, lo que es hoy nuestra amada patria.

Y el encanto de la existencia de un hombre osado que inspiró locuras y terrores es-

pantosos á un Emperador como el gran Moc-
tezuma Xocoyotzin va á concluir ahora, por-
que váis á ver en esta narración la última
aventura fantástica del héroe...



¡Era aún tan joven don Hernán!... Contaba
apenas diez y nueve años cuando se decidió,
después de batallar contra sus enemigos,—jo-
venzuelos como él, pero que le envidiaban su
ánimo y astucia,—cuando se decidió á sus-
pender su entrada al ejército de aquel gran
Capitán llamado don Gonzalo de Córdoba,
partiendo para el Nuevo Mundo en cualquier
barco que se presentara...

El jovenzuelo, ya tan valiente, ya tan dies-
tro desde tan niño en manejar la espada, am-
bicioso como ninguno; con ansia de seguir
embriagándose con el vino de la «gloria» tan
ansiado por las almas grandes.

Un amigo suyo se burló de que no fuera á
ver á una dama por el miedo de que en el ba-

rrio le diesen de cuchilladas... Y él, altanero como siempre, lleno de cólera, vociferó:

—¿Qué decís, amigo?... ¿Qué decís?...

—Lo que estáis oyendo.

—Pero si sois un pobrecillo mequetrefe; un niño de teta... ¡ni siquiera tenéis pelos en la barba... ¡Qué vergüenza!

—Pues bien, os voy á demostrar, que soy capaz de ir hasta el fin del mundo, si es que tiene fin... Mañana sabréis si puedo traer el collar de perlas de la dama que me prefiere.

En la noche preparon al jovenzuelo una emboscada: lo hicieron subir por una pared, y cuando se encontraba en lo más alto, la empujaron por detrás haciendo que se desmoronara sobre el joven, sepultándolo bajo sus escombros... Entonces su enemigo, desenvainó su espada y lo iba á atravesar de la manera más vil, cuando de pronto se apareció una anciana que detuvo al miserable que iba á cometer aquel asesinato, diciéndole con acento de terrible cólera:

—¡Qué vas á hacer, infeliz!... ¡Un hombre



no mata nunca á otro hombre de ese modo tan villano!

El otro que acompañaba al que iba á asesinar á Cortés tuvo miedo y exclamó:

—¡Déjalol... Y entonces los dos echaron á correr por las callejuelas de la ciudad.

Hernán Cortés de resultas de los golpes que recibió aquella noche en que quedó sepultado debajo de las piedras de la pared aquella, estuvo enfermo, sufriendo espantosos dolores que le hacían proferir en gritos de cólera, lamentándose de que ya no podría continuar en la carrera de las armas.

—¡Misericordia de Dios!... ¡Ya no puedo ir á Italia!... ¡Ya no puedo cumplir aquel hermoso sueño que tuve, creyéndome en un puesto de misteriosa apariencia, de donde fui á embarcarme en una góndola magnífica que me llevó á la Isla en cuyo centro se alzaba el Castillo del Poder, después de haber bebido el vino glorioso y magnífico de la ambición!.. No, ya no podré lanzarme hacia los mares del Atlántico, buscando la gloria de los descubrimientos de «nuevos mundos», buscando todavía más que la gloria de esos descubrimientos el oro de sus conquistas... ¡Oro... mucho oro!... Y allí está... tras de esos mares sombríos, tremendos y desconocidos... allí están la gloria y

el oro que son el poder... ¡Ya nunca podré llegar allí...

Al proferir estas frases temblaba de cólera aquel joven que apenas contaba diez y nueve años, pero ya inculcado por la noble ambición...

*
* *

—¡Maldita sea mi suerte! ¡voy á matarme! —exclamó un día y ya iba á empuñar su daga cuando se le presentó su anciano padre, viejo hidalgo, muy honrado y fiel servidor que había sido escudero de un príncipe...

—¿Qué piensas ejecutar, hijo mío?... ¿Qué has dicho, blasfemo?... ¿Por qué me abandonas, mal hijo?... Porque, ¿por qué te revelas, mal súbdito de tu nuestro amado rey?... Debes conformarte con resignación y con valor. Pues debo advertirte que hay más triunfo en soportar y restablecerse de una derrota que en obtener un triunfo. Mira si no en torno tuyo... y toma ejemplo en lo que veas... ¡Dios es grande!

... Aturdido el joven Hernán dirigió la mirada á su alrededor en el pobre cuartucho donde se encontraban... ¿Y qué vió?

Vió en la ventana de enfrente, sobre los hierros de la verja una blanquísima palomita, de rojo pico, alisando sus plumas... y allá arriba, grabada en la piedra del caserón antiguo, esculpida con gran lujo, la venerable imagen del augusto sostén de la Iglesia Católica, la augusta figura del Apóstol San Pedro...

—¿Qué es lo que has visto, hijo mío? ¿Nada de lo que ves te conmueve y puede apartarte de tu fatal resolución?... ¡Cómol... ¿Qué nada te hará arrepentirte de tu criminal blasfemia?

¡Mirar! ¡Mira!... ¿Nada te conmueve?... Contempló el mozo, ya dominado y tembloroso, la graciosísima figura, la blanca y nivea paloma, símbolo del perdón y la esperanza... y más arriba la augusta imagen del apóstol San Pedro, que parecía, que significaría siempre la «Fé», la hermosa fe cristiana, es decir la con-

fianza en el amor y la caridad, y en la existencia de la eterna Majestad Divina...

—¡Ah! Señor... ¡ah! padre mío, perdón... ya creo... ya puedo esperar... vuelvo á tener fe...

... ¡Iré hacia los países desconocidos, como pueda!... Sea el Señor San Pedro mi patrón... á él me acojo... Y yo amaré la paloma como el símbolo de la piedad... ¡Perdón padre mío!

* *

*
* *

Allá por el año de 1504, cuando aun no se descubría ni siquiera la isla de Cuba, el doncel aventurero, abandonando la patria, confiado sólo en su brazo de hierro, en su acero toledano y en el broquel templado que defendía su pecho, se embarcó en una carabela que iba á llevar á lejanas tierras la palabra evangélica.

En las noches tempestuosas, el terrible joven subía á cubierta, mirando con angustia y terror el mar embravecido, cuyas olas enor-



mes y negras azotaban con salvaje cólera la «nao,» que era levantada hasta el cielo negrísimo para ser arrojada luego hasta el fondo lóbrego de los abismos submarinos...

—¡Maldito cielo!—exclamaba el futuro conquistador.—¡Así no llegaremos nunca!

Don Alonso de Quintanilla, un hombre ambicioso era el que se había lanzado con su na-

ve á la mar, abandonando á otras sus compañeras en una isla de las Canarias... Don Alonso que era pérfido confiaba en la Noche. y en el valor de aquel jovenzuelo de mirada de águila, siempre tan alegre, aún sin barba... ¡Más cuál sería su sorpresa al verlo macilento y tendido sobre la cubierta de la nave, como si estuviera muerto!... Momentos antes un rayo había estallado... Navegaban sin rumbo fijo, al capricho de la tempestad... El mar rugía ..

Don Alonso abandonó á Cortés, yendo á orar, arrepintiéndose como siempre á la hora del peligro para después olvidarse de sus juramentos y ser peor aún.

Hernán derribado y semi aturdido por el relámpago, presa de una fiebre terrible que le hacía delirar... abandonado, moribundo de sed... creyó que iba á morir... Recordó entonces su historia... la villa de Medellín... Salamanca donde estudió en la Universidad aprendiendo latín... sus travesuras terribles, los desafíos y cuchilladas desde niño casi... y luego

su viaje á Valencia para ir á Italia... la aventura terrible y misteriosísima del Castillo del Poder donde soñó entrar ya hombre... y se acordó de que ya él se soñaba capitán... y las profecías de su gloria allá tras del inmenso Atlántico... ¡Cuánto delirio! Vió surgir una ciudad misteriosa con palacios de plata cincelada y templos de oro con aristas de cristal de roca... y allá... emperadores de mantos grandiosos y penachos de plumas riquísimas, llevados en andas por preciosísimas doncellas de túnicas de armiño... ó princesas soberbias envueltas en una orla magnífica y fantástica pluma de seda finísima, una pluma que parecía un nido y un dosel.. Lluvia de polvillos de oro, regiamente tamizado iluminaba con esplendores fúlgidos aquellas gloriosas procesiones delante de emperatrices en alcázares suntuosos, donde resonaban músicas de ejércitos triunfales y resplandecientes... Y él, el jovenzuelo Hernán aparecía dueño de todo aquello... Lanzó un grito de alegría:— ¡Yo conquistaré todo eso!

.
Mas qué triste estaba á la siguiente jornada lo mismo que toda la tripulación; y a había pasado la tempestad, pero se encontraban perdidos los aventureros españoles. ¿A dónde iban? ¡Ninguno lo sabía, ni el mismo piloto que debía guiar la nave! Y era lo más terrible, que aquel era «Viernes Santo.» Entonces todos oraron...

Cortés seguía derribado sobre cubierta, como muerto... En torno de él empezaban á oirse rumores de cólera, la sed era espantosa, mientras el mar más tranquilo que nunca inflaba las velas... y la nave bogaba... ¡quién sabe á dónde!

Allá en el Poniente el Sol se iba hundiendo como un escudo de oro resplandoroso... un oro magnífico! El joven Hernán al sentir un rayo de ese oro de luz en sus párpados, levantó la cabeza, vió luz amarillenta, «dorada,» en el mar.

Pero de repente escucharon todos un nuevo grito más terrible y horroso que causó en



todos los del barco un espanto feroz... El mar había enrojecido,—ya no amarillo, sino púrpura... el mar cuyas olas parecían, en efecto, de sangre, de sangre que centelleaban! Herida anchísima era el sol; «carnazas desgarradas de un «titan» eran las nubes... Oceano de sangre viva y espumosa era el mar...

Ya iba á desaparecer el sol cuando atravesó

el horizonte de Ocaso, blanca, nivea y pura, una paloma, bajo de una enorme nube...

—¡La paloma de mis padres!... ¿Ved esa paloma? ¡á seguirla!... —Exclamó Hernán Cortés.

—¡Sigámosla! —gritaron todos con alegría.
—¡Ella nos llevará á tierra!

El piloto que había perdido el rumbo siguió la paloma en su viaje que era á tierra... Y encontraron tierra los extraviados marinos, gracias á Cortés, quien la vió primero... y la gran nube figuraba un colosal y sublime San Pedro, patrón de Hernán, de Hernán que de rodillas, juró no derramar sangre para adquirir oro...

¿Pudo cumplirlo?

Es lo que sabrán mis lectorcitos, si continúan esta divertida y sensacional serie de evocaciones históricas.

⊙ BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ⊙

Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo